

## Foro de debate

# Que venga Europa y nos rescate



JUAN ANTONIO GÓMEZ  
TRINIDAD  
Catedrático de Filosofía  
de Instituto

Más allá del ambiente de pancartas que pueblan la escuela española, –en especial la pública–, no existe una sola noticia sobre el panorama educativo español que invite al optimismo. Tal vez lo peor sea que nos hemos vuelto insensibles a los datos, agobiados como estamos por la crisis económica, política e institucional. Que la educación deje de ser preocupante para el común de la sociedad es un motivo más de preocupación sobre el Estado de cosas.

Entre la reedición de los indicadores educativos, solo acierto a ver algunos positivos desde el punto de vista cuantitativo: incremento del gasto educativo –hemos pasado del 1,8% del PIB en 1975 a más del 5%–. En otros términos, hemos duplicado el gasto educativo en una década, pasando de 29.000 millones en 2001 a 52.000 en 2011. Si analizamos el gasto de las comunidades autónomas, independientemente del color político, estas han duplicado el gasto desde 2000 hasta el presente presupuesto, incluso descontando la bajada de los tres últimos ejercicios.

Otro indicador positivo, es la tasa de escolarización temprana, con el 99% de los menores de

3 años en el sistema escolar –la más alta de Europa– y el 94% de los de los escolares de 16 años.

El tercer dato es la ratio o proporción de alumnos por profesor que ha bajado de 24 en 1975 a 11 en 2009.

Pero si de los datos cuantitativos anteriores pasamos a los resultados, nos encontramos con una situación ciertamente preocupante. Estamos asistiendo a una descapitalización del talento español en la medida en que nuestros jóvenes no mejoran en sus tasas de resultados. Y las sucesivas reformas y debates educativos no aciertan con propuestas eficaces de solución, tal como se ha venido demostrando en los últimos 15 años, cuando ya los resultados de la Logse nos empezaron a mostrar los datos preocupantes. Hay que recordar que los objetivos propuestos en Lisboa del 2000 eran prácticamente los mismos que los que actualmente tenemos, solo que hemos perdido una década y empezamos a derrochar otra. Tal como ha recordado Andreas Schleicher, máximo responsable de la OCDE para PISA: “España ha invertido de forma masiva en los últimos años y sigue como en 2000”.

Tenemos la tasa de abandono escolar más alta de la UE, después de Malta y Portugal (un 26,5%, el doble que la media), una altísima tasa de *Ni-Nis*, que ronda el 24%, con una tasa de paro juvenil de un 55%. La pregunta que surge es si la actual reforma propuesta y su actual debate darán con una solución acertada. Hay que recordar que la LOCE fue decapitada casi recién implantada y el PSOE ya ha anunciado su intención de hacer lo mismo con la actual propuesta de reforma. La LOE fue modificada

antes incluso de los cinco años de su implantación a través de la Ley de Economía Sostenible y siendo del mismo color político el gobierno autor de las dos leyes.

En el debate sobre la Lomce me preocupa la falta de miras sobre la evaluación de sus propuestas. Si uno lo observa desde fuera, parece como si los gestores educativos –las CCAA–, estuvieran más preocupadas por el nivel competencial y por cómo quedarán en la foto final, con sus costes consiguientes, que por el modelo mismo y la validez de las propuestas que, dicho sea de paso, no alterarán esencialmente el modelo. Si uno escucha a la oposición no acierta a ver más que los tópicos descalificadores, muchos de los cuales demuestran que quienes los propagan no han leído ni siquiera el proyecto legislativo. Por otro lado, más allá del equipo ministerial, no veo a ningún colectivo que defienda con pasión las bondades del proyecto.

Y, sin embargo, el elemento clave de toda reforma educativa, el profesorado no ha sido tocado más allá que en el punto sensible del reparto de horas, con lo que se ha convertido en urgente e importante lo que debiera ser un elemento secundario en toda reforma: no es el número de horas de latín, filosofía o música lo que saneará el sistema, sino la calidad y entusiasmo del profesor respectivo, y aquí lo único que percibo es la creciente e imparable desilusión del profesorado, afectando incluso a los que mostraban orgullosos sus muchos trienios de vocación educativa.

Difícilmente podremos cambiar de estilo arquitectónico educativo, por seguir con el símil artístico si no cambiamos el saber hacer de los

maestros canteros. Me pregunto para cuándo la reforma de la profesión docente, en primer lugar, y la de la función pública docente, en segundo lugar. Cada vez existen más evidencias de que el actual modelo de formación, incluido el reciente Máster de Secundaria, es claramente insuficiente. De la selección ni se habla. Parece que el único problema es que no se produzca el efecto llamada –y estamos hablando de un cuerpo nacional y de la supuesta selección de los mejores–. Y de la evaluación y consiguiente reconocimiento retributivo, mejor ni hablamos, como en el viejo chiste.

En definitiva que, o mucho cambian las cosas, o perdemos otra década. Una propuesta para la esperanza: si en otros ámbitos de la actividad humana ha funcionado, ¿por qué no pedimos a Europa que nos regule y nos exija con carácter común los principales elementos del sistema educativo? Al fin y al cabo, la ciudadanía única europea supone unas señas de identidad común y un mercado competitivo común. En síntesis una “Bologna” no universitaria pero bien planteada. A lo mejor así dejamos a un lado los debates estériles tanto ideológicos como autonómicos.

Podrá sonar a esperpento, pero hay que recordar que lo que no queremos hacer entre nosotros, como evaluaciones nacionales con *ranking* de resultados por CCAA lo pedimos cuando queremos salir con foto propia en las evaluaciones PISA. Si unificamos la moneda, la economía y las normas de producción de automóviles, por poner un ejemplo, por qué no las competencias, el currículo común y la profesión docente. Si no hay más remedio, “Que venga Europa y nos rescate”.